

Buscando a Santa Librada en los laberintos de la memoria colombiana

Jaime de Almeida
Universidad de Brasilia, Brasil



Al finalizar la extensa obra que recogió los textos discutidos en el seminario *Lugares de*

Memoria, que organizó en función de la llegada del Bicentenario de la Revolución Francesa, el historiador Pierre Nora redactó un último ensayo al cual llamó *La era de la conmemoración* (1997: 4.687-4.719). La expresión se aplica muy bien al ciclo conmemorativo de las independencias iberoamericanas – incorporando a España y Portugal – que ya empezó, en la vecina Venezuela, con las conmemoraciones del juramento del joven Simón Bolívar en Roma (1805) y el juramento de Francisco de Miranda en el *Leander* (1806), y que –¡finalmente!– se clausurará en 2030.

Esta es una colaboración al diálogo que empieza a desarrollarse en los ambientes académicos a propósito del reto historiográfico que representa el Bicentenario para nuestra generación. Preguntar por lo qué y cómo ha sido olvidado también es una forma de estudiar los lugares de memoria.

Santa Librada en la Patria Boba

El viernes 20 de Julio de 1810, escenario de la famosa “reyerta del florero” que desencadenó el proceso de la independencia en Santafé de

¹ José María Caballero, cuyo oficio le daba mucha intimidad con las fiestas, asentó en su diario –donde falta la hoja de los días 20, 21 y parte del 22 de julio – el 28: “día de la octava de la plaza, hice dos altares por recomendación del señor alcalde ordinario [...]” (1986: 68). Si por entonces la fiesta de Santa Librada no tenía importancia, sí lo tenía la fiesta de Nuestra Señora de Las Nieves que se conmemoraba algunos días después. Esa proximidad entre las dos fiestas religiosas se examinará más adelante.

Bogotá, era por casualidad el día de Santa Librada. Aparentemente en aquel primer 20 de Julio esto no despertó ninguna atención.¹ Tampoco en el año siguiente, cuando se conmemoró con luminarias por tres días, culto solemne en la catedral y saraos elegantes el primer aniversario de la Suprema Junta, bajo el liderazgo del "Vicegerente del Rey" Jorge Tadeo Lozano y Peralta, hijo del Marqués de San Jorge. Involucrado en la guerra civil en las filas del presidente Antonio Nariño contra las tropas de Camilo Torres, nuestro principal testigo José María Caballero nada informa acerca de cómo transcurrió el 20 de Julio 1812.

Pero en 1813, su *Diario* señala primero, que el día 16 de julio se declaró la independencia y que Nuestra Señora de la Concepción fue declarada patrona del reino. El día lunes 19 se plantó nuevamente el árbol de la libertad que había sido quebrado por un mozo de ruana en el domingo 18 cuando "por ser la octava", las calles amanecieron con letreros de crítica al nuevo gobierno. Por primera vez se hizo la asociación entre Santa Librada y la independencia: según José María Caballero, después que se plantó el olivo de la libertad, "salió la representación nacional con el señor presidente [Antonio Nariño] a la iglesia de San Juan de Dios, a traer a Santa Librada en procesión a la catedral, para la fiesta de mañana; estuvo muy lucido; vino la comunidad acompañando; hubo iluminación general". El día siguiente, martes 20:

"Se formaron todas las tropas para la asistencia de la representación nacional a la catedral, a la fiesta de Santa Librada, en la que predicó el padre Florido un sermón famoso, de hora y cuarto, de independencia. Acabada la misa, se descubrió Su Majestad y se cantó el *Te Deum*. Finalizada la función, se regresaron al colegio electoral [...]"

Después se hizo el juramento de independencia; el primero que juró fue el señor presidente, en manos del secretario; y de ahí fueron jurando todas las corporaciones, prelados, eclesiásticos, colegios, síndicos y cabildos eclesiástico y secular y todos los demás."

La imagen de Santa Librada concentra las atenciones colectivas el día mismo en que se jura con toda solemnidad la adhesión al pacto de independencia y cuando empieza la destrucción sistemática de los símbolos de la monarquía.² (Caballero, 1986: 90-91; 137-140).

Parece claro que la visibilidad de la imagen de Santa Librada en esta ocasión, y en los próximos años, tiene alguna relación muy especial con el protagonismo de las gentes de los suburbios que en septiembre de 1811 forzaron la renuncia de Jorge Tadeo Lozano y lo remplazaron por el presidente Antonio Nariño.³ Si en Venezuela el temblor del Jueves Santo de 1812 dio a los realistas un supremo pretexto para la guerra sin cuartel contra la Sociedad Patriótica, en Cundinamarca el pretexto para los adversarios de Antonio Nariño fue su firme objeción a la admisión de Juan Bautista Sacristán —perfilado con las autoridades peninsulares al arzobispado de Santa Fe de Bogotá en diciembre de 1811. Desde entonces, en los púlpitos y en la prensa, Nariño fue acusado como ateo y jacobino y el conflicto empeoró en enero de 1812, cuando propuso que la Iglesia y las corporaciones eclesiásticas contribuyeran con sus bienes para la defensa contra todo intento de reconquista española. Pero, cuando en enero de 1813 las tropas de Baraya marchan contra la capital, Antonio Nariño y la mayoría del clero están en la misma trincheras: rogativas en las iglesias; el Presidente a Jesús Nazareno Generalísimo de las tropas de Cundinamarca; su imagen recibe la escarapela del Gobierno de Cundinamarca y los soldados portan la divisa JHS.

² Para la importancia de la *damnatio memoriae* en este contexto, ver Lomné, 1992:115-118.

³ Para este y el siguiente párrafo, ver Acosta de Samper (1910) y Liévano Aguirre (1996).

Sería gracias al suceso en esta experiencia de recurso a los santos para movilizar la población de la capital contra los federalistas de Baraya, y percibiendo las características más bien plebeyas del culto a Santa Librada, que Antonio Nariño encontró en ella la llave simbólica adecuada para estrechar sus buenas relaciones con una parte del clero, mientras se aseguraba un contacto directo y eficaz con la piedad popular. Escribiendo sobre eso en la segunda mitad del siglo, José Manuel Groot – quien tenía sus 13 años en aquellos tiempos – se admiraba del suceso político de Nariño en el pueblo de Santafé a pesar de los escritos de los canónigos Caycedo y Rosillo y del padre Padilla: “Ya se ve, entonces las gentes estaban como en el estado de inocencia política y era muy fácil alucinarlas”. Hay que preguntarse por qué, buscando en sus recuerdos personales una respuesta a su propia pregunta, Groot no le dio mayor importancia a Santa Librada. Posiblemente porque, además de cerrar fileras con la ortodoxia católica – poco interesada en el culto a una mujer crucificada – escribía en oposición abierta a los liberales radicales que intentaban reatar el vínculo entre la santa y el 20 de Julio, como veremos.

El 19 de julio de 1814, el Presidente Antonio Nariño fue con toda la representación nacional y las tropas a traer la imagen de Santa Librada desde San Juan de Dios a la iglesia catedral, y el 20 hubo la misma asistencia oficial a la misa solemne. Dos días antes de la fiesta del 20 de Julio de 1815 llega la noticia de una gran victoria en Popayán contra los realistas. Los detalles están en el *Diario de la Patria Boba*:

“A 19 [...] se trajo de San Juan de Dios a Santa Librada, con toda la ostentación posible; asistió el gobierno provincial; hubo refresco y baile en palacio, en celebración del aniversario de nuestra transformación política. Al baile asistieron 175 señoras, carracas, y adictas al gobierno, y otros tantos hombres de la misma opinión. Esta noche se estrenó la sala de palacio, que dirigió el portero del gobierno general José María León, que

llaman el Tosino. En seguida se sirvió un refresco costado por el Estado, que importó \$250 con un *ambigú* que se dio a las doce de la noche ¡Buena! Me gusta que bailen, coman, beban y se diviertan a costillas ajenas. Qué sabroso será. ¡Oh, quién pudiera, pero no con lo ajeno!

“A 20 fue la misa de gracia, con asistencia de todas las corporaciones y el gobierno general. Hubo tres descargas de fusileros y de cañones en la Huerta de Jaime. Predicó un gran sermón el doctor Sotomayor, cura de Mompós. Por la tarde hubo toros, y a la noche dieron las señoras una gran comedia de la conquista, cosa famosa. El coliseo se iluminó con ceras; había diez arañas de cristal. La entrada libre por boletines, que se repartieron 2.000. La tonadilla la cantó la *Cebollino*. Este día se puso la puerta de en medio de la catedral.”

En la efusión de tales encuentros multitudinarios se comunicaban por metonimia la fiesta cívica y religiosa, el culto a los primeros héroes, la memoria de la Independencia, Santa Librada y la octava de las Nieves:

“Viernes 21, toros; 22, toros; 23, terneros. Este día fue la octava de Las Nieves en La Tercera y se trasladó a Nuestra Señora a su casa, con mucho lucimiento, por haberse ya concluido la composición del templo. Se adornó primorosamente la calle desde La Tercera hasta Las Nieves.

“Viernes 21, toros, y a la noche comedia con el mismo lujo, y aún más, porque la iluminación fue con esperma. Al principio se dio un monólogo por la niña hija del teniente-gobernador, el ciudadano Ignacio Vargas (el *Mocho*). Después siguió la comedia de *Julio César* y se concluyó con otro monólogo de Antonio Ricaurte, el que se sentó en un baúl de pólvora y le pegó fuego por no ser cogido por los godos, por el lado de Caracas, criollo de esta ciudad. ¡Admirable valor!, pero no para imitarlo. Sábado y domingo, toros y comedias.

“El lunes 24 se repitió la comedia del jueves, con la misma ostentación y la entrada libre a todo ciudadano, y se concluyeron las fiestas. Hasta aquí vamos bien. Dios quiera que todos se den gusto, porque si llega el día de los pesares, les aseguro que [...]” (Caballero, 1986:181-183)

Todo cambia bruscamente en el año 1816 bajo el terror de la reconquista española. José María Caballero toma nota de las magníficas fiestas religiosas —entre las cuales se destacan aquellas que se hacen en honor de la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá el día 16 de mayo (cuando la traen a Santa Fe, desde Chipaque, donde la recuperaron los soldados realistas), el día 26 (cuando por motivo de la llegada del general Pablo Morillo a la capital se la llevan a la iglesia de Santo Domingo en lucida procesión), el 9 de junio (cuando Morillo participa de una solemnisísima fiesta religiosa en Santo Domingo; enseguida la imagen fue llevada en procesión hacia el convento de Santa Inés), el 11, el 13, el 15, el 16 y el 17 (la imagen circula procesionalmente entre los varios conventos de la ciudad hasta retornar al convento de Santo Domingo), y aún el 23 y 24 de junio (nuevas procesiones: de Santo Domingo a San Carlos, y a San Diego). Hay que llevar en cuenta que este ciclo religioso de recuperación de la Virgen de Chiquinquirá por los realistas contrasta muy fuertemente con la fracasada ceremonia de recepción a la misma imagen el 5 de mayo, cuando pasó rápidamente por Santa Fe la tropa de infantería de Serviez, que en vano la había sacado como la protectora de la causa patriótica — y se genera pavor con la serie de fusilamientos:

“A 20, día de Santa Librada, a los seis años de la revolución, arcabucearon, en la plaza mayor,

al brigadier don Antonio Baraya, el que vino el 9 de enero de 1813 contra esta ciudad y salió derrotado, y a don Pedro Lastra, hombre de gusto, pues las alhajas que tenía en su casa no las había en otra parte, caballeros nobles y distinguidos. A la tarde arcabucearon en la Huerta de Jaime a un soldado gallego, del cuerpo de Artillería volante, por desertor. Si este tirano no perdona ni a los de su nación, ¿qué esperamos nosotros? ¡Virgen Santa, a tu patrocinio me acojo; defiéndenos por tus entrañas de amor! (Caballero, 1986:215-219; 221-224)

El viraje sorprendente del proceso en Boyacá en agosto de 1819 y la entrada triunfal de Simón Bolívar en Bogotá el 18 de septiembre abre un nuevo ciclo de fiestas cívicas. Los nuevos héroes opacan la memoria de los próceres de la Patria Boba; la Constitución de Colombia disloca el entusiasmo de las fiestas nacionales para la época de los regocijos tradicionales del ciclo navideño. Parece que en tiempos de Bolívar, San Simón tuvo más fieles que nuestra Santa Librada.⁴ Por otra parte, en materia de imágenes femeninas mejor adecuadas a la memoria de la Independencia, sobresale el culto republicano a Policarpa Salavarrieta desde enero de 1820.⁵

Santa Librada en la “fiesta liberal”

Sin embargo, la memoria de la Patria Chica, involucrada en el tiempo festivo del mes de julio, siguió de alguna forma su curso por los meandros y por las encrucijadas de la Patria Grande. A uno de los primeros colegios republicanos donde muy pronto se enseñarían

⁴ Lomné (1993: 126-127) señala como el sentido de los regocijos del 20 de Julio en 1821 y 1822 han sido desviados para celebrar las victorias de Carabobo y Pichincha; Bolívar y los militares resultan los verdaderos héroes y no hay más lugar para la memoria de las virtudes civiles de la Patria Boba, ni tampoco para las merecidas honras fúnebres al cadáver de Antonio Nariño, en 1824.

⁵ Correo del Orinoco n° 48, 1/01/1820 “Artículo Comunicado”: Manifiesto de Francisco Antonio Zea, Presidente del Soberano Congreso en Angostura (18/01/1820), publicado en la Gaceta de la ciudad de Bogotá el 4/06/1820; véase en la misma edición del periódico la noticia del estreno de la tragedia La Pola en la capital. (Arciniegas, 1961: 54-56). Agradezco a Marli Vaz Flores por su ayuda en este tópico.

las ideas de Jeremías Bentham, el vicepresidente Santander lo llamó Colegio de Santa Librada, en Cali. Al parecer, nuestra santa deviene ahí patrona republicana de las mujeres que desean liberarse de sus maridos.⁶ David Peña, por ejemplo, luego de cursar jurisprudencia en el colegio ahí enseñará matemáticas, filosofía y francés, y actuará en la Sociedad Democrática, en 1848 con Juan Nepomuceno Conto, otro profesor de Santa Librada. Veinte años después de la Noche Septembrina, ahora las ideas igualitarias se enseñan a los artesanos. En el Valle del Cauca la lucha por la abolición de la esclavitud, inclusive la esclavitud disfrazada de los jóvenes libertos dados en concierto, y por la recuperación de los ejidos, deviene *fiesta liberal*: con sus perreros el pueblo *retoza y se divierte*.⁷

Desde finales de la década de 1850, en muchas de las inteligentes y divertidas crónicas de las tradiciones populares de la revista *El Mosaico*, cuna de la literatura colombiana, está clara la decisión de romper con la politización de las fiestas religiosas del mes de julio en los barrios de las Nieves y San Victorino. Los ritos festivos de crítica social, manejados por los artesanos democráticos, se describen ahí como exageraciones de mal gusto que habrían abierto el camino hacia la guerra social de años recientes. *El Mosaico* busca crear un hito en el tiempo, insiste en hacer pensar que felizmente esas aberraciones “se van agotando poco a poco.” El cronista que pasea sobre las cenizas aun calientes de la fiesta hace mención a la “grande falta que nos hace la antigua pompa de los alegres encierros”, añora “los antiguos despejos”. Pero al contrario de nosotros, no para soplar las brasas sino para apagar definitivamente el fuego: “¡como pasa todo!”⁸

El camino para la gente de ruana que – según la mirada y la memoria conservadoras – asechaba desde la utopía de la fiesta la propiedad ajena, ya había sido señalado con el necesario ritualismo cuando se estrenó en Bogotá la ley de jurados. El exsecretario de la Sociedad Democrática Raimundo Russi y cuatro compañeros suyos fueron ajusticiados en la plaza de la Constitución el 17 de julio de 1851, o sea, tres días antes del día de Santa Librada. Para la mayoría el camino conducía a los trabajos forzados en Panamá. (Cuervo y Cuervo, 1892: 181-187).

Volvamos a pasearnos sobre las cenizas de la *fiesta liberal* buscando a Santa Librada:

Tres años antes del ajusticiamiento público de Raimundo Russi, los lugares céntricos de la capital habían sido recorridos y ocupados en la conmemoración del 20 de julio por la procesión de Santa Librada desde la iglesia de las Nieves hasta la Catedral:

“[...] llevada sobre unas andas vistosamente adornadas, en medio de dos bellos ángeles que llevan una corona de laurel en una mano y una banda tricolor en la otra. Un carro triunfal ocupado por tres niños que representan las tres repúblicas de la Nueva Granada, Venezuela i Ecuador, la preside.” (*El Neogranadino*. 28/07/1849)

El programa preservado en el archivo muestra como todo fue concebido para compartir los sentimientos en esa fiesta liberal de 1849: manumisión de esclavos, comida cívica, concierto, toros, globos, pila de chicha para el pueblo.⁹

⁶ Y también de los esclavos y sus hijos que quieren la libertad. Es posible que en el contexto caleño de mediados del siglo, a la representación hispánica de Santa Librada establecida en la catedral de Sigüenza por el obispo don Fadrique en el siglo XVI, empiecen a sumarse otros atributos simbólicos – en especial la barba – presentes en muchas imágenes europeas de mujeres crucificadas por la fealdad que le pidieron a Dios para no casarse; a propósito de tales versiones, ver Schnuerer y Ritz (1934) y Friesen (2001).

⁷ Ver Castro Carvajal (1990); Pacheco (1992); Cuervo y Cuervo (1892); Castellanos (1980).

⁸ *El Mosaico* n° 28, 9/7/1859 “Octava de las Nieves”; n° 25, 29/7/1865 “Epístola a los señores directores de la octava de San Victorino”.

⁹ *Sobre la gran respuesta a fiestas nacionales concernientes a la conmemoración del 20 de julio de 1810. Más lista de empleados que se suscribieron a las fiestas con determinada cantidad*. AGN. Gobernaciones de Bogotá. República. Tomo 25 Folio 463 – 464 – 465, 1849. Agradezco a Marcos González Pérez quien hace años generosamente me pasó los datos que recogía para su tesis de doctorado.

Santa Librada en Panamá

Por una coincidencia que más parece ironía, en Panamá hacia donde fueron deportados tantos democráticos derrotados en la revolución de 1854, una región había pasado a llamarse en 1850 (por unos pocos años) Azuero, en homenaje al político radical Vicente Azuero y Plata. Una de las ciudades de esta región guarda una imagen de Santa Librada desde 1671 o 1686, cuando algunas familias pudientes de Panamá que huían de los piratas desembarcaron con ella en el estuario del río Mensabé. Ahí había una pequeña ermita de la Santa Cruz, donde se instaló inicialmente la imagen de Santa Librada. Construyeron sus casas con las tablas que sacaron del navío, por eso fueron llamados "la gente de las tablas" por los primeros vecinos del lugar.

Pronto empezaron los atritos entre estos furasteros aristocráticos y la gente sencilla que los albergara, y una larga disputa por quien sería la patrona del lugar, Santa Librada o la Santa Cruz. Calle Arriba o Calle Abajo, donde vivían unos y otros peleaban por la hegemonía. A raíz de eso surgieron tunas o bandos festivos de jóvenes que cantaban versos satíricos contra sus adversarios. La dinámica de las tunas pasó al carnaval. La ciudad vino a llamarse Las Tablas y su patrona Santa Librada. Hoy, el carnaval de Las Tablas es muy conocido por el lujo de las disfraces, por los carros alegóricos y las Reinas, por las tunas y comparsas que siguen compitiendo vicariamente por Calle Arriba o Calle Abajo, por Santa Librada o Santa Cruz.¹⁰

El tableño Belisario Porras¹¹ fue uno de los líderes del Partido Liberal Colombiano en la Guerra de los Mil Días. Con apoyo de los gobiernos liberales de Nicaragua y Ecuador organizó un batallón de voluntarios y desembarcó

en Punta Burica, Provincia de Chiriquí, el 31 de marzo de 1900, proclamándose Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá. Sus tropas tomaron David, Chame y Bejuco, pero derrotado en la sangrienta batalla del Puente de Calidonia el 24 de julio de 1900, Belisario Porras volvió al exilio en Centroamérica. En tal contexto, una leyenda muy conocida hace intervenir Santa Librada, la patroncita de Las Tablas:

"Un día, aseguran personas mayores de Las Tablas, se presentó un barco de guerra colombiano, frente a las costas tableñas con la intención aparente de desembarcar tropas conservadoras por Mensabé o por la Boca de La Laja. Pero cuando el barco estuvo ya cerca, el Capitán pudo ver asombrado, que miles de hombres, armados, con fusiles y cañones, esperaban en las playas de Mensabé y de La Candelaria, listos a impedir el desembarque y, lo que era peor todavía, colocados en situación ventajosa para coger a los invasores entre dos fuegos. El capitán miró con los catalejos y vio cómo se paseaba por la playa, del lado de Mensabé, una mujercita vestida con falda roja y capa de color azul con una espada en una mano y una cruz en la otra, dando órdenes como si fuera la Capitana que comandara ese ejército. Ordenó entonces alejarse de ese puerto y poner proa hacia la Boca de La Laja; pero en las playas del Uverito y en las de ambos lados de la boca de La Laja vio el mismo cuadro de Mensabé y La Candelaria y a la misma Capitana u otra igualmente vestida y del mismo tamaño, que daba órdenes y se aprestaba a la defensa. En estas circunstancias al "cachaco" no le quedó otro recurso que desistir de la invasión y alejarse, cavilando de dónde habría sacado esta gente tantos hombres y armas, por qué tendrían esas capitanas y cómo estaría de guarnecida la plaza de Las Tablas, si tenían tan gran contingente de tropas regadas por las playas. Muchas gentes de Las Tablas, Sesteadero, La Laja, Santo Domingo,

¹⁰ Hay muchas publicaciones para fines de turismo. Véase Velarde B. (2000) y Materno Vásquez (1981: 291).

¹¹ Estudió en Bogotá en el Colegio de San Bartolomé y se doctoró en Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional.

Loma Bonita, Cocobolas, Manantial y Palma Grande se dice que presenciaron el milagro (porque milagro era) y que Santa Librada en persona había estado ese día al frente del misterioso ejército.

“La nueva se regó pronto por todas partes y causó gran revuelo, sobre todo en el pueblo. La gente acudió a la iglesia a ver a su patrona, que tales muestras les daba de su amor y protección; y allí estaba ella, radiante de felicidad y de belleza, con las mejillas encendidas. Estaba idéntica en todo sólo que sus mejillas parecían “chapeadas” como cuando uno se expone mucho tiempo al sol; y luego notaron algo los fieles, que arrancó de todos los pechos, al mismo tiempo, un ¡oooh! de admiración que subió hacia las naves del templo como una ola de fervor religioso, al mismo tiempo que todos, como movidos por un resorte misterioso se postraban de hinojos. Era que habían visto todos que los piecitos de la Santa estaban “cubiertos” de arena”. (González Ruiz, 1999: 46-47)

La imagen de Santa Librada sería, entonces, una clave del mito de origen de la nación panameña. La cruz en que sufrió su martirio es el mismo emblema venerado en la vieja ermita de la Santa Cruz por los rivales de sus devotos y deviene signo de unión contra el enemigo externo. Los colores de su manto azul (de los conservadores) y rojo (de los liberales) con el blanco de la paz lucen en la bandera creada en 1903. La antigua Provincia de Azuero dio al nuevo país las bases de la unidad cultural y de sentimiento de pertenencia en las primeras décadas cuando el culto a Santa Librada se asociaba al carisma de Belisario Porras, quien fue 3 veces Presidente de Panamá (Pérez-Franco, sf.).

Santa Librada en la larga duración: de Europa a Hispanoamérica

Hay muchas versiones contradictorias en la hagiografía de Santa Librada. La leyenda más conocida relata que la esposa cristiana del Gobernador romano de Galicia y Lusitania tuvo un parto múltiple de siete o nueve niñas después de bañarse en las aguas mágicas de una fuente. Liberata, o Librada, así como todas sus hermanas gemelas fueron martirizadas. Varias leyendas señalan que Santa Librada fue crucificada por su propio padre.

Según lectura más canónica, Santa Librada fue martirizada en Aquitania. El Señor y Obispo de Sigüenza don Bernardo de Agen tomó la ciudad a los moros en 1124, y al construir la nueva catedral mandó traer de Francia una buena parte de las reliquias de Santa Librada.¹² Hay efectivamente un pueblo llamado Sainte-Livrade en la diócesis de Agen, cuya iglesia guarda una parte de tales reliquias que les fueron dadas por los monjes de la abadía cisterciense de Grand-Selve a mediados del siglo XII.

Hacia 1520, el Obispo portugués de Sigüenza don Fadrique contrató los artistas platerescos Alonso Covarrubias y Francisco de Bacza para edificar en una capilla de la catedral su túmulo episcopal, el altar y el retablo de Santa Librada, donde se depositaron las reliquias. A Juan de Pereda se deben el lienzo central y las escenas de martirio del retablo, pintados entre 1525 y 1526. Este fue tal vez el más notable punto de partida para la difusión del culto y de la iconografía de Santa Librada en Hispanoamérica. Pero la iconografía de la santa en la cruz, al parecer, no vino de Sigüenza, sino más probablemente de la iglesia de Bayona en Galiza.

¹² Homilía de Mons. José Sánchez González, obispo de Sigüenza-Guadalajara, en la fiesta de Santa Librada, 8/02/2006. Las Tablas, Diócesis de Chitré, Panamá.

El responsable principal por la difusión de la devoción a Santa Librada en América fue muy probablemente don Diego Ladrón de Guevara (1640-1718) nacido en Cifuentes, diócesis de Sigüenza, quien fue canónigo doctoral en esa catedral y en la de Málaga antes de ser nombrado Obispo de Panamá en 1689; enseguida fue Obispo de Huamanga y Virrey de Perú, Obispo de Quito, y murió en México (Alba, 1967:102-104). Se debe a don Diego Ladrón de Guevara la fundación de la iglesia de Santa Liberata en Lima (*Palma*, 1893) y la introducción de la fiesta de Santa Liberata en Quito (Navarro, 1952:104).

Santa Librada se invoca en especial como la protectora de los partos difíciles. No solamente las madres de familia sino también las prostitutas, le tienen fuerte devoción. A propósito, las hay quienes rezan así: "Santa Librada, Santa Librada, que la salida sea tan dulce como la entrada". Asimismo, en ciertos países, los fuera de la ley suelen rezarle en sus apuros: "Santa Librada, Santa Librada, sácame bien de esta disparada". Puede ser por tales apropiaciones populares, y talvez más aún por el riesgo de contactos entre la piedad de arraigo católico y las especulaciones de todo tipo alrededor de las muchas versiones de la virgen barbuda en países protestantes (Althaus-Reid, 2001:79-83), que el Vaticano recomendó en 1961 conducir discretamente al olvido el culto a Santa Librada. Anteriormente, ya se había logrado con algún éxito en muchos países – notable en Brasil, por ejemplo – remplazarla entre las parturientas por patronos masculinos como San Ramón Nonato y San Gerardo Mayela.

Un vuelco decisivo en esa política ha sido la visita oficial de Monseñor José Sánchez González obispo de Sigüenza-Guadalajara a Las Tablas el día 8 de febrero de 2006, trayendo en una rica urna de cristal un fragmento de

hueso de tibia izquierda retirado del sepulcro de Santa Librada en la catedral de Sigüenza. En la homilía de la misa solemne, Monseñor José Sánchez González expuso a los tableños lo que hay en los archivos oficiales de su catedral con respecto a Santa Librada, corrigiendo con serenidad algunos excesos de su folclor. Sugirió que lo más probable es que haya sido decapitada y no crucificada y luego: "Pero, en definitiva, todo martirio significa identificación plena con Cristo Crucificado".

Memoria y olvido de Santa Librada en Colombia

Los panameños, que tienen en Santa Librada un icono de su identidad nacional, al parecer ignoran que ella tuvo tanta importancia en la Nueva Granada en la época de la Independencia y en los años de radicalismo de los artesanos. A su vez, los colombianos en su mayoría tampoco se acuerdan de la santa que salió por las calles con Antonio Nariño, con las multitudes de la Patria Boba, y con los radicales de las Sociedades Democráticas, antes de tornarse tan conocida como la patroncita de los vecinos panameños de Las Tablas.

Nuestra fuente más segura sigue siendo el *Diario* de José María Caballero. Pero hay mucho por investigar en los archivos, en la literatura, en las iglesias y museos, en la toponimia misma de Colombia. En el *Diccionario Geográfico de Colombia* hay 8 lugares llamados Santa Librada: 4 en Cundinamarca, 2 en el Huila, 2 en el Valle del Cauca. (IGAC, 1971)¹³ ¿Los barrios, cuantos serán? ¿Y donde estarían las imágenes de Santa Librada?

Buscando las huellas de Santa Librada en la ciudad de Bogotá, la preciosa "guía para

¹³ Agradezco al doctor Leonidas Arango L., por esta información.

profesores, estudiantes y visitantes” de la Universidad de los Andes que Juan Carrasquilla Botero redactó en memoria de su añorada nieta María de las Estrellas nos hace pensar que por ahí debió circular nuestra santa: entre

“Solares yermos, huertas, tejares, molinos, quintas, fábricas de papel, de telas, de velas y jabones, y de sombreros, convento de monjas y de hermanas de la caridad, cárcel de mujeres, refugio de ancianos, asilo de locas, baños públicos [...]”.

Esa guía que resultó de una metódica investigación en las notarías para reconstituir la historia de cada uno de los diferentes predios que forman el actual conjunto de la Universidad de los Andes puede servir como punto de partida para indagar por Santa Librada en cuatro tiempos, empezando por el segundo, gracias a una primera referencia explícita en el texto:

“En 1801, cuando la quinta epidemia de viruela, el convento [se trata del antiguo convento e iglesia de las Aguas, sobre las primeras estribaciones del cerro de Guadalupe, a la margen izquierda del río San Francisco que mediante profundo tajo lo separa del cerro de Monserrate en el punto de El Boquerón, cerca de la Quinta de Bolívar] se convierte en hospital, y en 1809 llega allí el Batallón de las Milicias de Pardos, donde estaba acuartelado el 20 de julio de 1810; igual destino de hospital le dio Sámano durante la época del terror, para los enfermos y heridos del ejército realista, cuyas camas tuvieron que ceder el 10 de agosto de 1819 a los heridos patriotas. El gobierno republicano le da el nombre de Hospital Militar de Santa Librada.” (Carrasquilla Botero, 1992: 75)

Habría que precisar el contexto y las circunstancias cuando al edificio del convento, que ya solía convertirse en hospital o en cuartel, se dio el nombre de Santa Librada: posiblemente en los años 1813-1815, durante la presidencia de Antonio Nariño. Asimismo hay

que preguntar ¿por cuánto tiempo se mantuvo tal denominación? y ¿quién y por qué, en cuáles circunstancias la reemplaza por otra? etc.

Mirando hacia el tiempo anterior, cabe preguntar por la posible existencia del culto a Santa Librada en el Convento e Iglesia de las Aguas o en sus cercanías. En las *Crónicas de Bogotá* encontramos los datos de fundación (1665) del convento que fue posicionado por los frailes dominicos, pero no hay ninguna mención a nuestra santa. A principios del siglo XIX —cuando servía como hospital y a veces como cuartel— todavía pertenecía a los dominicos el convento (Ibáñez, 1891).

La guía de Juan Carrasquilla Botero también sugiere pistas para la investigación de los pasos de Santa Librada en la época del radicalismo. En octubre de 1823 el convento de Las Aguas fue desamortizado y el gobierno empezó a rematar predios entre los cuales varios molinos, que pronto pasaron a convertirse en fábricas. Surge aquí otra referencia explícita a Santa Librada:

“Varios de estos bienes por orden superior se dejaron a beneficio del hospital de Santa Librada. Por tanto ninguno de ellos fue rematado. Y son precisamente los que quedan contiguos o cerca del convento.” (Carrasquilla Botero: 78)

Es posible que el culto a Santa Librada y la memoria de su protagonismo en tiempos de Nariño persistió —¿por cuánto tiempo?— en medio a las quintas, molinos fábricas y talleres, como parte del cotidiano y de la identidad de quienes ahí vivían y trabajaban. Cuando Pedro María Ibáñez, nacido en 1854, recuperó los datos de Caballero sobre las procesiones de Santa Librada en sus *Crónicas de Bogotá*, que publicó en fines del siglo, añadió: “costumbre que ha continuado hasta nuestros días” (Ibáñez, 1891). Por otro lado, en 1874 el programa de la fiesta del 20 de Julio preveía, para el día 19:

“A las diez i media de la mañana, paseo de los niños que se educan en las Escuelas Públicas de ambos sexos de la ciudad, a la plaza de San Diego [...] con el objeto de que se grave en el espíritu de la jeneración que se levanta el recuerdo del día de la independencia.

A las doce repique jeneral, cohetes i música en la plaza de Bolívar.

“A las cinco de la tarde procesión de las imagenes del Cristo de los Mártires [...] i de Santa Librada, que saldrá de la iglesia Veracruz a la Catedral por la carrera del Norte. Esta procesión será acompañada por los funcionarios de la Nación, del Estado, del Seminario Conciliar, del Distrito, de los Colejios i Escuelas Públicas de ambos sexos, i por un batallón i banda de la guardia colombiana.

“A las siete de la noche, iluminación jeneral de la ciudad [...]

“A las ocho tendrán lugar, en la plaza de Bolívar, fuegos artificiales, globos, i las bandas militares ejecutarán piezas escojidas de música.” (*El Chino de Bogota*. “20 de julio de 1874”, 2 de julio de 1874, p. 217-220)¹⁴

Parece que la imagen ya no estaría más en la iglesia de Las Nieves, ni en San Juan de Dios, sino en la vieja iglesia de la Veracruz donde están sepultados varios próceres de la Patria Boba.

El crecimiento de las fábricas, talleres y viviendas llevó a que se creara en 1882 la parroquia de las Aguas entre los tradicionales barrios de Las Nieves y Egipto, lo que permite preguntar si acaso los migrantes que llegaban a buscar trabajo en Bogotá podrían haber encontrado en la remota memoria de Santa Librada algún ingrediente local, entre otros

que ahí estaban, para ir componiendo su nueva identidad. Al parecer, esto ya habrá sido forzosamente marcado por la impronta de las obras de caridad inspiradas en el catolicismo ultramontano – Hermanas de Caridad, San Vicente de Paúl – y por las instituciones carcelarias – cárcel de mujeres, asilo de locas – lo que talvez permita especular sobre tantas maneras posibles de borrar la memoria heroica y contestataria del culto a Santa Librada en los barrios plebeyos de la capital, dislocándola hacia unos espacios de experiencia fuertemente encuadrados por los dispositivos panópticos.

Doña Josefina Durán, una señora liberal muy beata del pueblo santandereano de Suaita, cuyo diario personal manuscrito fue analizado por Malcolm Deas, registró a propósito de las conmemoraciones del Centenario el día 10 de Julio de 1910: “[...] Por la noche Teatro, representada la pieza a la muerte del Sabio Caldas y la valerosa Pola.” (Deas, 1996:279). En el barrio considerado entonces el más pobre de Bogotá, Las Aguas, justamente donde estamos buscando casi en vano por los restos de la memoria de Santa Librada, los vecinos encargaron por cotización al escultor Dionisio Cortés una estatua de Policarpa Salavarrieta que fue solemnemente inaugurada en la plazuela de Las Aguas en el Centenario (Vanegas Carrasco, 2006: 6). ¿Cien años de silencio alrededor de Santa Librada?

La caja de Pandora

Entre las muchas hipótesis que se pueden aventurar para comprender la eficacia de las políticas del olvido de Santa Librada en un país tan fascinado por la fecha del 20 de Julio podemos indicar – además de la difícil convivencia entre Antonio Nariño (reducido

a la condición de precursor) y los libertadores – la incómoda asociación entre Santa Librada y el conservadurismo en España. Por cierto se supo en la República de la Nueva Granada, que Fernando VII visitó Sigüenza en 1826 cuando su tercera esposa, doña María Josefa Amalia de Sajonia, habría implorado en vano ante Santa Librada un heredero varón (Minguella, 1913:600).

Una de las expresiones más sabrosas en la prosa del intelectual liberal Benito Pérez Galdós (1843-1920) es “¡Jesús me valga y Santa Librada bendita, patrona de Sigüenza!”. Y casi todas las doñas Libradas son ancianas ridículas o antipáticas. En la novela histórica *La Fontana de Oro* escrita en 1870, el joven Galdós focaliza el trienio liberal (1820-1823) a su manera irónica, anticlerical y antimonárquica. El siguiente pasaje del capítulo XV “Las tres ruinas”, sintetiza bien donde y como el liberalismo español veía nuestra santa y sus seguidores:

“En el cuarto de la devota [...] (lo describimos de oídas, porque ningún mortal masculino pudo jamás entrar en el) había una Santa Librada, imagen de quien era especial devoto y fiel ahijado el tercer Porreno (1465). Con los años se le había roto la cabeza; pero dona Paulita tuvo buen cuidado de pegarsela con un enorme pedazo de cera, si bien quedó la santa tan cuellitorcida, que daba lástima. Junto a la cama (pudoroso y casto mueble que nombramos con respeto) estaba el reclinatorio, al cual no se acercaban ni sus tías. Sobre el se erguía un hermoso Cristo de marfil, desfigurado por un faldellín de raso blanco, bordado de lentejuelas, y una cinta anchísima y un amplio lazo que de los pies le colgaba. El reclinatorio era una bella obra de talla del siglo XVI; pero un carpintero del XIX le había añadido para componerlo varios listones de pino, dignos de un barril de aceitunas. El cojín donde las rodillas de la santa se clavaban por espacio de cuatro horas todas las noches era tan viejo, que su origen se perdía en la obscuridad de los tiempos; su color era indefinible: la lana se salía a prisa por sus grandes roturas.

“Todas estas reliquias, recuerdo de pasadas glorias, de instituciones, de personas, de días pasados, tenían un aspecto respetable y solemne. Al entrar en aquella casa y ver aquellos objetos deteriorados por el tiempo, bellos aun en su miseria, el visitador se sentía sobrecogido de estupor y veneración. Pero las reliquias, las ruinas que más impresión producían, eran las tres damas nobles y deterioradas que allí vivían, y que en el momento de nuestra historia, correspondiente a este capítulo, estaban sentadas en la sala, puestas en fila. María de la Paz, la más vieja, en el centro; las otras dos a los lados. Una de ellas tenía en la mano un libro de horas, otra cosía, la tercera bordaba con hilo de plata un pequeño roponcillo de seda, que sin duda se destinaba a abrigar las carnes de algún santo de palo. Las tres, colocadas con simetría, silenciosas y tranquilamente ensimismadas en su oración o su trabajo, ofrecían un cuadro sombrío, glacial, lugubre.” (GALDOS, 1906:81)

José Manuel Restrepo, el primer historiador de la revolución de la Nueva Granada, adversario político de Antonio Nariño, nada dijo sobre nuestra santa en particular, una vez que a todos estos asuntos de santos y procesiones los vio como fanatismo, demagogia, “pasiones que agitan a la plebe”. Preguntar por Santa Librada sería por tanto otra manera más de escaparnos de la “prisión historiográfica” en que nacimos (Colmenares, 1989). Por todo lo que hemos visto, parece claro que la imagen de Santa Librada no pudo ser tratada como un “lugar de memoria” en Colombia, y eso nos obliga a tratarla como un “lugar de olvido”. Hay que preguntar, no solamente por qué los muchos linajes de la memoria histórica nacional se la olvidan o simplemente la desconocen, sino también ¿cómo, en cuáles circunstancias se ha logrado eliminar tan eficazmente la curiosidad de tantos estudiosos y estudiantes que han leído el *Diario de la Patria Boba*?

En 2005 se cumplieron los 20 años del Holocausto del Palacio de Justicia. Aquellas desgraciadas personas que lograron huir de las

llamas el día 7 de noviembre para precipitarse en una trampa horrible donde permanecen por más que las busquen sus parientes; es posible que la hayan visto. Quien sabe, le rezaron en su desesperación, tal como lo hizo José María Caballero en días de Morillo. Una imagen de Santa Librada hecha en un taller quiteño en el siglo XVIII – ¿la misma que salía en las procesiones de la “Patria Boba” y de la “Fiesta Liberal”? – está en la Casa del Florero, la Casa Museo 20 de Julio, donde todo empezó en 1810.

Bibliografía

- Acosta de Samper, Soledad (1910). *Biografía del General Antonio Nariño*. Pasto. Imprenta Departamental. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/bigán/indice.htm>. 2006: 7 diciembre.
- Alba C., Manuel María (1967). *Cronología de los gobernantes de Panamá. 1510-1967*. Panamá. Ministerio de Educación. 400 p.
- Althaus-Reid, Marcella (2001). *Indecent Theology: theological perversions in sex, gender and politics*. Londres y Nueva York. Routledge. 240 p.
- Arceciuegas, Germán (1961). *América Mágica*. Tomo II. Buenos Aires. Editorial Sudamericana. 253 p.
- Caballero, José María (1986). *Diario de la Patria Boba*. Bogotá. Incunables. 252 p.
- Carrasquilla Botero, Juan (1992). “La sede de la Universidad de Los Andes”. En *Historia Crítica* n° 5. Bogotá. Colombia. p. 77-97.
- Castellanos, Jorge (1980). *La abolición de la esclavitud en Popayán, 1832-1852*. Cali. Universidad del Valle. 132p.
- Castro Carvajal, Beatriz (1990). “La terrible ‘Navidad calena’. El caudillo radical David Peña, protagonista de una cruenta toma de Cali en 1876”. En *Credencial Historia* n° 9. Bogotá. p. 5-7.
- Colmenares, Germán (1989). *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá. Tercer Mundo. 202 p.
- Cuervo, Rufino José y Cuervo, Ángel (1892). *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. vol. 2. París. A. Roger y F. Chernoviz (2006). <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/viruno/indice.htm>. Diciembre 7.
- Deas, Malcolm (1996). “La política en la vida cotidiana republicana” En Castro Carvajal, Beatriz (ed). *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá. Editorial Norma. p. 271-290.
- Espinosa, José María (1971). *Memorias de un abanderado. Recuerdos de la Patria Boba, 1810-1819*. Bogotá. Banco Popular. 134 p.
- Friesen, Ilse E. (2001). *The Female Crucifix: Images of St. Wilgefortis Since the Middle Ages*. Waterloo, ON. Wilfrid Laurier University Press. 173 p.
- González Ruiz, Sergio (1999). *Veintiséis leyendas panameñas*. Panamá. Autoridad del Canal (Colección Biblioteca de la Nacionalidad). 134 p.
- Ibáñez, Pedro María (1891). *Crónicas de Bogotá*. Tomo I. Bogotá. Imprenta de La Luz.
- IGAC (1971) Instituto Geográfico Agustín Codazzi. *Diccionario Geográfico de Colombia*. Bogotá. Editorial Andes. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/crbogota/indice.htm>. 2006: diciembre 7.
- Liévano Aguirre, Indalecio (1996). *Los grandes conflictos de nuestra Historia*. Tomo II. Bogotá. Imprenta Nacional de Colombia. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/csei/indice.htm>. 2006: 7 diciembre.
- Lomné, George (1993). “Las ciudades de la Nueva Granada: teatro y objeto de los conflictos de la memoria política 1810-1830”. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. n° 21. Bogotá. Colombia. p. 115-135.
- Materno Vásquez, Juan (1981). *Investigaciones sobre la naturaleza del ser panameño*. Panamá. Ediciones Olga Elena. 380 p.

Minguella, Fr. Toribio (1913). *Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus Obispos*. Tomo III. Madrid. 1913. <http://www.histgueb.net/santiago/historia.htm>. 2006: 11 noviembre.

Navarro, José Gabriel (1952). *Contribuciones a la Historia del Arte en el Ecuador*. vol IV. Quito. La Prensa Católica. 200 p.

Nora, Pierre (1997). *Les lieux de mémoire*. Paris. Quarto Gallimard. 3840 p.

Pacheco, Margarita (1992). *La fiesta liberal en Cali*. Cali. Universidad del Valle. 203 p.

Palma, Ricardo (1893). *Tradiciones peruanas*. Segunda serie. Tomo I. Barcelona. Montaner y Simón. <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13582064323460506344424/index.htm>. 2006: 7 diciembre.

Pérez-Franco, Roberto (sf). "Breve reseña sobre la región de Azuero" <http://www.rp-f.com/index.php?leer=banazuero>. 2006: 11 noviembre.

Pérez Galdós, Benito (1906). *La Fontana de Oro*. <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=5159&portal=57>. 2006: 11 noviembre.

Schnuerer, Gustav y Ritz, Joseph M. (1934). *Sankt Kuemmernis und Volto Santo*. Düsseldorf. Studien und Bilden. 341 p.

Velarde B., Oscar A. (2000). *Las Tablas Durante el Primer Cuarto del Siglo XX*. Panamá. Universidad de Panamá (Tesis. Maestría en Historia de Panamá y América). 262p.